

y que allí fué nuevamente ilustrado, y con nuevas luces certificado del misterio de la Encarnacion, y otros muchos divinos secretos; y que habiendo vuelto del raptó á los sentidos María santísima, el santo, lleno de humildad y encogimiento, le pidió perdon, confesando muy por extenso todo lo que aquellos dias habia pasado por su corazon, y de la determinacion que habia tenido de dejarla. A lo cual su Magestad satisfizo con grande amor y cariño, asegurándole que no habia pecado, y que todo habia sido disposicion divina, preparar y disponer su alma para el conocimiento de los misterios que ahora se le habian revelado, y para el gozo inefable de que la habia llenado. Mas cuando esta soberana Señora salió de su aposento, y vió hechas las haciendas que su Magestad solia hacer, esta fué otra turbacion grande para nuestra Señora; porque ninguna criatura del mundo, por humilde que fuese, amó tanto la humildad, y los egercicios humildes. Vió que el santo le habia quitado el oficio de que mas se preciaba, que era de servir, y humillarse; y así puedes creer, que hubo una santa y piadosa competencia entre los dos, y que cada uno alegaba por su parte las razones que tenia para servir al otro. Y por último, ¿quién duda que viendo María santísima la determinacion del Señor San Josef en servirla, y no dejar servirse de su magestad, ni por todo el mundo, esta gran Señora apeló al divino tribunal, pleiteando con todas sus fuerzas por la humildad y egercicios de ella? Y debes piadosamente creer que la sentencia se dió á favor de nuestra Reyna, quedándose el santo glorioso mas confundido y humillado de verse servido de la Madre de Dios, que si por servirla hiciera las mayores bajezas del mundo. Hartos motivos tienes en esta consideracion para amar, buscar y solicitar con todas tus fuerzas la humildad y desprecio del mundo, y de todas sus vanidades, honras, estimaciones y aplausos. Y pensando con toda madurez todas las virtudes, maravillas y gracias que en este misterio resplandecen, segun quedan apuntadas en las consideraciones, vuélvete á la sacratísima Reyna, y con todo el afecto de tu alma, de lo mas íntimo de tu corazon le dirás: ¡ó Virgen purísima! ¡O soberana Princesa! ¡O Señora y Madre de toda virtud! Pequeña y grande. Grande sobre pura criatura en santidad, en caridad, en gracia, en perfeccion y dignidad; pequeña solo en vuestra estimacion: por vuestra profundísima humil-

dad haced, Madre y Señora nuestra, que imitemos lo que nuestra cortedad registra de vuestras perfecciones: alcanzadnos el amor y la humildad; el amor, para que á imitacion vuestra se inflamen nuestros corazones, amando á Dios y á nuestros prógimos, y de virtud en virtud caminemos, siguiendo vuestras pisadas, hasta el Dios de los Dioses en Sion. Dadnos, Señora, de vuestra humildad una porcion, para que despreciándonos á nosotros mismos, al mundo y sus vanidades, merezcamos que el Señor visite nuestras almas con sus divinos consuelos, y en solo él, y en vos se alegren nuestros corazones, repudiando todo otro consuelo y alegría todo el tiempo de nuestra vida. Amen.

MISTERIO TERCERO

Del Sagrado Nacimiento del Hijo de Dios.

108. CONSIDERA cómo llegado ya el tiempo de los nueve meses en que habia de nacer de las entrañas purísimas de María santísima el Hijo de Dios hecho hombre para nuestro remedio, salió un edicto del César, en que mandaba se numerase el orbe, y se empadronasen todas las familias cada una en su ciudad y lugar; por cuya razon le fué necesario al señor San Josef el ir á Belen, de donde era natural, para el referido efecto. Fué con el santo su divina esposa María santísima; y cumplidos los dias del parto, parió esta gloriosísima y soberana Virgen á su divino Hijo en un establo; y fajado en pañales, lo reclinó en un pesebre, porque no habia otra parte donde ponerle. Así empieza la materia de esta consideracion, y se irá continuando en varias consideraciones. Es un misterio dilatadísimo, y lleno de infinitos misterios. Vamos pues por su orden sacando algunos puntos de consideracion, porque agotarlo es imposible.

109. Considera en el edicto que despachó el César para que se juntasen en las ciudades y cabezas de partido todos los que estaban esparcidos por los lugares, campos y aldeas; y juntos todos jurasen la obediencia al imperio romano, pagasen cierto tributo, y se escribiesen los nombres de cada uno en un libro; y todo eso se hizo por disposicion divina, dicen los santos, al tiempo que habia de nacer el Salvador del mun-

do Cristo nuestro Señor, para que se conociese que el Señor venia á este valle de miserias á juntar las almas que andaban esparcidas por él,* y reducirlas á la casa de Israel, para que juntas y reducidas como las ovejas descaminadas al aprisco,† de todas se hiciese un rebaño que reconociese al Señor por único pastor. El aprisco es la Iglesia, y el rebaño los fieles: vea cada uno si reconoce á su pastor, ó si sigue al extraño.‡ Aquellas reconocen al pastor, dice el mismo Señor, que le conocen, oyen sus voces, y le siguen. Todas tres cosas son necesarias, conocerle por la fé, oír sus voces é inspiraciones, y seguirle por la imitacion de su santísima vida.

110. Considera cómo iban todos á confesar la obediencia y sujecion al César; y como dice San Juan Crisóstomo,§ iban todos unánimes y conformes, con grande paz y concordia, obedientes al mandato del César, al tiempo que nace el Salvador: para dar á entender venia á pacificar, conformar y unir las voluntades humanas, que estaban divididas entre sí,|| y apartadas de Dios, para que unidos entre sí con el vínculo de la caridad, y conformes con el Señor, y su divina voluntad, viviesen en perpetua paz, debajo el suavísimo yugo de su santa ley, y obedientes á sus mandatos le confesasen por Señor, por Criador, supremo Príncipe, y soberano Rey de todas las criaturas. Mas la lástima es, que todos concurren con grande paz, y mucha prontitud á confesar y protestar la paz y sujecion al César, que mata las almas; y todos somos tardos para Jesucristo: allí unánimes y conformes; y para el Señor todo es rebeldía, contumacia y resistencia: para el mundo y sus leyes, para el demonio y sus mandatos, todos se unen, y se juntan como mansos corderos,¶ y para Cristo es menester grande fuerza y violencia.

111. Considera cómo iban todos á confesarse por vasallos del César; y esta confesion, dice la glosa,** que se hacia de palabra y de obra: con las palabras, confesandole por Rey, y con las obras, pagándole tributo. Y á este tiempo viene Cristo al mundo, para que unidos y congregados á su obediencia los hombres, le confiesen con palabras y con obras. Por eso dijo San Ambrosio,†† que el César pedia tributo á todo el orbe de la tierra, no porque lo tuviese todo sujeto sino por-

* Matth. xv. 24.

§ In cap. ii. Luc.

** Interlin.

† Joann. x. 16.

|| Isai. ix. 6. & c. xi. 6.

†† In i. c. Luc.

‡ Joann. ibi. xvi. 27.

¶ Luc. xiv. 24.

que lo pedia en nombre de Cristo, que solo era Roy y Señor supremo de todo el orbe; y aunque el César tenia esta intencion, no obstante, dice el Espíritu Santo:* el corazon del Rey está en la mano del Señor, la divina Magestad lo vuelve adonde, y como quiere. Y así muchas veces las cosas que hacen y dicen los príncipes, las ordena el Señor á otro fin que ellos no piensan; y así movió la lengua de Cayfás, para que profetizase† que era conveniente la muerte de Cristo, para remedio de todo el linage humano, aunque esto estaba muy léjos de su intencion: y asimismo movió el corazon del rey Asuero á que leyese los anales de los tiempos,‡ para que premiase á Mardoqueo, y librase de la muerte al pueblo de los Judíos, aunque nada de esto le pasaba por la imaginacion cuando se puso á leer. A este modo obraba el Señor por el César lo que él entendió, y por su boca pedia la confesion de su santo y divino nombre á los hombres, y mandaba que confesasen á Cristo nuestro Redentor por Rey, supremo Señor del orbe, y que esto no solamente fuese de palabra, sino tambien de obra. ¡O qué pocos se confiesan de esta manera! De palabra muchos; mas de palabra y obra muy pocos.§ Y así se queja el Señor: el hijo obedece, honra á su padre, y el siervo á su señor. Pues si yo soy Padre ¿dónde está la honra y obediencia que se me debe? Y si soy Señor, ¿qué es de mi temor y reverencia?|| Dice su divina Magestad que le demos al César lo que es suyo, y al Señor lo que le debemos; y nosotros hacemos lo contrario, que al César le damos lo que es de Dios, y á Dios lo que es del César: al César, que es el demonio, se le deben las malas obras, las palabras y pensamientos malos, que es su hacienda, y estas se las damos á Dios; y el alma, que es de Dios, se la damos al César, que es el demonio: para el César no hay cosa reservada, alma, vida, fuerzas, ansias y desvelos, y para Dios solo palabras. ¡Ah de nosotros si no le pagamos el tributo!

112. Considera en que se empadronaban y escribian todos en un libro. Continuábase el misterio, dice San Gregorio:¶ ¿qué significa el que se escriba el orbe, cuando quiere nacer Cristo, dice el Santo, sino mostrar claramente, que aquel que aparecia visible, vestido de nuestra carne, venia para escribir á los suyos en la eternidad? De manera, que en estas

* Prov. xxii. 1.

§ Matth. i. 6.

† Joan. xi. 50.

|| Matth. xii. 17.

‡ Esther vi. 1.

¶ Hom. viii. in Evang.

cuatro palabras del evangelio se nos explican cuatro condiciones necesarias para que nuestras almas se escriban en el libro de la vida. La primera es, recogerse, y retirarse de los divertimientos del mundo, y negocios excusados de esta vida, y recogerse á la oracion y santos egercicios. La segunda unánimes y conformes en la divina Magestad, rendirse y sujetarse al suavísimo yugo de su santa ley, y á la perfecta observancia de sus divinos mandamientos. La tercera, confesarle con palabras y con obras: con las palabras de oracion, bendicion y alabanzas, y con obras de virtudes, siguiendo los consejos y egemplos de su vida santísima. La cuarta es, darle el tributo de tu alma, que es todo el amor desnudo de ti mismo, y de todas las criaturas: y con esto que hagas, ya estás escrito y numerado entre los escogidos del Señor por vasallo de su reyno, que es la última de las felicidades de esta vida.

113. Considera cómo habiendo preparado nuestra Señora los paños y ropa para el nacimiento del Niño Dios, cuyo parto instaba; y habiendo el glorioso San Josef, preparado lo que pudo alcanzar su pobreza para el camino, que dicen era de cuatro días, puesta en un humilde jumentillo María soberana, y cogiendo el señor San Josef un buey del diestro, que como todo lo considera y dice San Buenaventura,* lo llevaba para venderlo, y pagar el tributo, y sustentarse en Belen; salieron como pobres en el rigor del invierno. Atiende con grande diligencia á la pobreza, á la humildad, á la modestia, y á las incomodidades y trabajos de tu Señora, y del gloriosísimo y castísimo esposo. Era un real de plata lo que se pagaba de tributo, dice Hugo cardenal. ¡Mira pues qué tan extremada pobreza la que no alcanzaba para un real de plata; y es necesario llevar un buey, cuatro días de camino para venderle, y pagar! Conforme á esto, saca con cuánta pobreza iban, así de sustento, como de ropa y abrigo para sus cuerpos. A lo mas que te puedes alargar es á un poco de pan, queso, sal, y algunas frutas secas, y ropa la ordinaria que traian en casa. Mira qué regalos y preveniciones lleva la Madre de Dios, y mas llevando por delante el parto, que por horas esperaba.

114. Considera cuán afligido iria el gloriosísimo santo, que no podia ménos de contristarse el alma en llevar á su

* De Medit. Vit. Christ. cap. 8.

Señora con tantas necesidades; pero como humilde, se conformaba con las disposiciones divinas. Atiende á la humildad con que camina nuestra Reyna y Señora en un pobre y humilde jumentillo, con humilde y pobre trage, con un fardito á modo de maleta por delante, en donde llevaba la ropa del Niño Dios, y con unas alforjitas atras, en donde iba el pobre sustento para los dos: el señor San Josef á pie, y con el buey del diestro. Mira el carruage, mira la grandeza de los dos mejores personajes que habia en el mundo. Atiende á los muchos que iban por el mismo camino, unos á caballo, y con ropas á propósito para el tiempo: otros en literas, otros en coches y estufas, con criados y reposteros, dineros y regalos: y habiéndolos mirado á todos, vuelve á mirar á tu Reyna, y procura enamorar á tu alma de su humildad y pobreza, y no vuelvas, ni con el pensamiento jamas á mirar ni las grandezas ni las ostentaciones de los mundanos. Atiende á la modestia y compostura de los dos, María santísima y Josef; y para mejor entenderla, mira y atiende con cuidado á la disolucion de los que van por el mismo camino. Unos van cantando, y no salmos in himnos: otros van riendo y hablando conversaciones del mundo, cuentos y vanidades: otros van murmurando, y quejándose, cuando ménos del César y de los ministros que los obligaban á hacer aquel viage, y á pagar el tributo que ellos no querian; y así, por la mayor parte, verás que todos van á lo del mundo, con ruido, estrépito, voces y confusion. Y habiéndolos así mirado, vuelve á tu Señora la vista, y al glorioso santo, y nota aquel silencio, aquella compostura y modestia en acciones y palabras, la gravedad devota y humilde de los dos: finalmente, como quienes iban con Dios humanado, á quien ignoraban los demas.

115. Considera esto con grande atencion, y déjalos que se adelanten y pasen con su inquieto ruido: y tú quédate en compañía de tu Reyna, que harto mejor será para tu alma, que la de todos los reyes y magnates del mundo. Egercita tu devocion en servirla, en hablar al jumentillo para que ande, y ayudar al señor San Josef a conducir el buey, y á todo aquello que conocieres puede ser de obsequio á los dos. Atiende á los trabajos é incomodidades de nuestra Señora y de su castísimo esposo, que caminan con el rigor del invierno, con nieves, vientos frios y granizos, pobres y desabriganos. Llegan nuestros castísimos caminantes los últimos á las

jornadas, hallan ocupados los mesones, son pobres, y no tienen ni con qué alquilar aposento, ni con qué pagar cama ni cena: y así debes entender que con el buey y el jumentillo se retiraban á alguna parte de las posadas, que por desacomodada, no era de otros apetecida; y allí frios y helados, especialmente nuestra soberana Reyna, (que ya el santo, como iba á pie, con el egercicio no tendria tanto frio,) se recogian con silencio y humildad; y despues de haber dado gracias al Señor porque los habia conservado sin peligro aquel dia; acomodados el buey y el jumento, sacaba el santo del manjar que traian, y socorrian su necesidad, supliendo el Señor con sus divinos favores la falta de lo necesario.

116. Considera cómo acabada la pobre cena, luego se recogian al pasto del alma, que era la oracion. Atiende al silencio en que estan recogidos, y vuelve la consideracion al ruido y estruendo del meson, registra aquellas cámaras y aposentos, y alarga la vista por las mesas, y mira los regalos, los banquetes, las voces, las murmuraciones, los juramentos, los cuentos torpes y disolutos, junto con otras cosas muchas y malas que suelen pasar en semejantes casas: y habiendo registrado tanto linage de disoluciones, vuelve la vista á los purísimos, santísimos y castísimos oídos de nuestra santísima Señora y de su santo esposo, que no podian ménos de ofenderse con la vecindad: ni tampoco las piadosísimas entrañas de nuestra Reyna podian contenerse á no solicitar el remedio para aquellas almas; y así debes creer, que con ardentísimo zelo rogaba por ellos á su divino Hijo, y el Señor de repente los sosegaba, mudaba los ánimos, trocaba las intenciones, y convertia sus corazones, y los traia á conocimiento y temor de Dios, con que cesaban todas aquellas inquietudes: y sosegado el meson, cada uno se recogia, unos temerosos, compungidos otros, y otros arrepentidos, y todos ignorantes del medio por donde les venia aquel bien. Así lo debes piadosamente entender de la misericordia de esta celestial Señora.

117. Considera cómo nuestra Señora llegó á Belen la víspera del nacimiento de su divino Hijo, ya tarde, puesto el sol, y como contempla y dice San Buenaventura,* como pobres pidieron posada de limosna, por amor de Dios; y por mas diligencias que hicieron, no hallaron quien los quisiese

* Ubi. sup. cap. 8.

hospedar. Habia concurrido mucha gente, y todos esperaban la ganancia con los huéspedes. Llegaba el Señor San Josef con el buey, y nuestra Señora en su jumentillo: y como todo esto estaba publicando la pobreza de los dos, y el ningun logro temporal que tendria quien los hospedase, ninguno queria ocupar su casa con huéspedes que al parecer no le habian de importar nada; y así todos le decian al gloriosísimo santo, que pasase adelante, que no habia posada; y otros, en quienes reinaba mas el interes, le dirian, pase adelante vuesa merced con su jumento: ahora ocupara yo con vuesa merced un aposento que me puede valer muchos reales: no hay posada: vaya con Dios. De esta manera, ya cerrada la noche, se hallaron nuestra Reyna y su castísimo esposo en la calle, sin tener parte alguna donde recogerse, hambrientos, cansados de caminar y helados de frio. Afligiase mucho el gloriosísimo santo, no por sí, sino por los trabajos que padecia nuestra Señora: y tú puedes pensar que se volvió á su Magstad el santo, lleno de tristeza y pena, y le dijo: ¿qué harémos, Señora mia? ¿Adónde nos irémos? No tenemos otro recurso que á una cueva de bestias, que está fuera de los muros, debajo de una peña junto al camino: ¿os parece que nos retiremos allá por esta noche? A lo cual puedes entender, que respondió la soberana Señora, consolando al santo glorioso, y diciéndole: que todo aquello era disposicion del Señor, y que mejor seria la compañía de las bestias en aquel retiro, que la de los hombres entre tanta codicia y confusion: que no le diese pena, que ya estimaba mas aquella cueva, que la mejor casa de Belen. Con esto se consoló el glorioso santo, y se fueron á la cueva.

118. Considera y atiende por aquí, cristiano, los grandes trabajos en que pone Dios á su Madre María santísima, y como le aprieta la mano con la pobreza, con las necesidades y descomodidades temporales. Mira su paciencia, humildad, y conformidad altísima con la divina voluntad: se ve despedida y arrojada de todos á una cueva de bestias, y ni se queja, ni murmura, ni habla palabra contra nadie, ni en su pecho se levanta el mas mínimo átomo de sentimiento; y se va mas contenta á aquel establo, que todos los príncipes del mundo á sus palacios. Atiende á este egeemplo, y aprende á amar la pobreza y humildad con todas sus incomodidades; porque pobreza que no la trae consigo, y humildad que no anda junta con los desprecios del mundo, poco

tienen de virtudes. Pasa con tu afecto adelante, y viendo que tu Señora endereza el camino á la cueva, ve corriendo, arrójate á sus plantas, y ruégala con todas las veras de tu alma, que se sirva de tu pobre posada, y aunque es poco ménos que una cueva de bestias, por el desaliño de virtudes, y por la inmundicia de tus pecados; pero no obstante dile de lo íntimo de tu corazón, que tú trabajarás con todas tus fuerzas por limpiársela y aderezársela: procura hacerle fuerza como se la hicieron á su divino Hijo los dos discípulos de Emaús.* Mira que te va en ello no ménos que la vida eterna y la salvacion de tu alma: como lo dijo el Espíritu Santo en nombre de esta Señora.† El que me hallare, hallará la vida, y alcanzará la salvacion del Señor. ¿Y qué mucho, si lleva en su vientre al mismo Salvador, y á la misma vida? Toma, pues, el consejo del sabio, y atiende, que por él te dice la divina sabiduría:‡ si la muger fuere buena para tu alma, mira no la arrojes de ti, ni lé des ocasion para que te dege: honra á tu padre, y no te olvides de los clamores de tu madre: acuérdate, que si no fuera por ellos, no hubieras nacido; y así págales lo que ellos hicieron por ti. Es como si dijera: si conoces que María santísima es buena para tu alma, no le cierras las puertas de tu corazón: ella es tu Madre, y su Hijo santísimo tu Padre. Mira, pues, qué tanta fuera la impiedad si al padre que te engendró, y la madre que te parió les cerraras las puertas, viéndolos en extrema necesidad, en que consideras á María santísima tu Madre, y su divino Hijo tu Padre. Pues advierte lo que va de padres á padres, y no seas impío con ellos; porque si no fuera por ellos, ni vinieras á este mundo, ni te conservaras con vida. Por ti han llegado á la pobreza y estado en que los ves, que no puede ser mayor§ que pedir posada de puerta en puerta el que es Rey, y la que es Reyna suprema de los cielos y de la tierra.

119. Considera en el cargo que hace el Señor á los malos: || apartaos de mí, malditos, andad al fuego eterno; pues os pedí que me hospedáseis como peregrino, y no me recibisteis. Atiende, pues, dice el Señor por San Juan, ¶ y mira que yo estoy á la puerta, y llamo para que me abran:

* Luc. xxiv. 23.

† Eccl. vii. 28.

‡ Matt. xxv. 20.

† Prov. viii. 35.

§ 2 Cor. viii. 9.

¶ Apoc. c. iii. 12.

el que oyere mis voces, y me abriere la puerta, yo entraré á él, y cenaré con él, y él cenará conmigo. Abrámosle pues las puertas ahora que llama, para que el Señor nos abra las suyas cuando nosotros llamáremos, que será en la muerte; porque si no, nos sucedará lo que dice el Señor por Salomon:* porque llamé, y no me quisisteis, alargué mi mano, y no atendisteis, por eso yo me reiré en vuestra muerte, y haré burla de vosotros cuando llegare lo que temeis: cuando cayere sobre vosotros, y se os viniere encima como tempestad la calamidad repentina, la muerte, la tribulacion y angustia, entónces me llamaréis, y yo no os oiré. Atendamos pues ahora, para que entónces el Señor nos atienda: oigamos ahora, para que entónces seamos oidos: abrámosle ahora, para que el Señor nos abra entónces; porque si no, aunque mas clamemos y hablemos, se estará cerrada la puerta:† ; y ay de aquel á quien se cerrare!

120. Considera cómo entraron en aquella cueva, que como dicen San Gerónimo y Beda, estaba junto al camino, y era una concavidad hecha debajo de una peña que servia de abrigo á las bestias y arrieros cuando llovía: en ella se entró nuestra Señora y el santo glorioso, con el buey y jumento á deshora de la noche oscura. Estaba, como se deja entender, llena de paja y estiércol de animales, lóbrega y de mal olor; y como entraron de noche, entraron tentando, y era necesario que el santo con sus manos limpiase alguna parte de ella para que nuestra Señora se recogiese: y en estas diligencias, y en componer los dos animales, se pasó mucha parte de la noche. En esto entendió la sacratísima Virgen, que aquella era la noche de su parto. Díjoselo la divina Reyna á su glorioso esposo. ¡O que afliccion tan grande tuvo con esta nueva, hallándose en tan desacomodado parage, y á obscuras! Puedes pensar, que se fué á los árboles, y cortando algunas ramas, las puso en la entrada de la cueva; y luego, como se colige de santa Brígida, partió á la ciudad‡ á buscar lumbre, y alguna leña para encender en la cueva que estaba hecha un páramo de frio, y en el ínterin se quedó sola en la cueva nuestra Señora; y como dice San Buenaventura,§ era muy cerca de la media noche. La soberana Virgen se puso en oracion: arrebatóla el Señor á

* Prov. i. 24.

† Lib. 7. de Revel. c. 21.

† Mat. xxv. 11.

§ Cap. 8. de Vit. Christ.